

¿Todos ricos o todos pobres?

Contradicciones y dilemas del desarrollo global

Francisco J. Wulff *



El siglo XXI se anuncia desde sus inicios como un momento crucial en la historia de la civilización. La globalización de las economías, el crecimiento poblacional, el impresionante desarrollo científico y tecnológico, el cambio climático y la creciente frecuencia de eventos naturales de magnitudes cataclísmicas, los marcados contrastes entre ricos y pobres, la persistencia de los conflictos armados a pesar de las innumerables evidencias de su perversidad, los discursos grandilocuentes de líderes políticos e intelectuales que anuncian grandes éxitos y grandes amenazas alternativa-mente desde plataformas comu-

nicacionales de alcance global sin precedentes; son todos síntomas que señalan una misma coyuntura: por primera vez en la historia, la acción del hombre ha alcanzado repercusiones globales sostenidas, ofreciendo al mismo tiempo la promesa de un salto evolutivo de la conciencia humana y la amenaza de un colapso global de consecuencias inimaginables.

La creciente propensión a un colapso de escala global ha venido siendo presentada por autores muy serios desde sectores institucionales de gran credibilidad. Jared Diamond, profesor de Geografía de la Universidad de California y autor del libro *Guns, Germs and Steel: The fates of Human Societies* (Norton, 1999), ganador del Premio Pulitzer, ha regresado a la palestra con *Colapso: Cómo las sociedades escogen fracasar o tener éxito* (Penguin, 2005). En este nuevo y extenso trabajo, Diamond presenta un marco de cinco puntos para explicar el colapso de civilizaciones aparentemente exitosas: (1) daños que se inflingen inadvertidamente sobre el medio ambiente que da sustento a la sociedad; (2) cambios climáticos de escala mayor, asociados a los ciclos naturales del planeta (lluvias, sequías, erupciones volcánicas, etc.); (3) vecinos hostiles, especialmente cuando la sociedad ha sido debilitada por algún otro factor (i.e. colapso ecológico frecuentemente se presenta como una conquista militar);



(4) una reducción en el apoyo de vecinos aliados, especialmente cuando la sociedad depende de algún aporte estratégico de tales aliados (ej. EEUU y su dependencia en importación de petróleo venezolano y del Medio Oriente); y (5) inhabilidad de la sociedad para responder a sus crecientes problemas, lo cual es función de la calidad de sus instituciones políticas, sociales y económicas, así como de sus valores culturales. Si bien el papel que juegan los primeros cuatro factores puede ser o no decisivo para una sociedad, Diamond resalta que, en todos los casos de colapso, el quinto factor ha estado presente.

Más recientemente, Thomas Homer-Dixon, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Toronto, ha publicado *The Upside of Down: Catastrophe, creativity and the renewal of civilization* (Random House, 2006), un riguroso trabajo multidisciplinario que alerta sobre los inminentes peligros que amenazan a las sociedades humanas en el siglo XXI. Homer-Dixon identifica cinco “fuerzas tectónicas” que se están acumulando bajo la superficie de nuestras sociedades y que tienen el potencial de causar un colapso de proporciones globales históricas. Estas fuerzas tectónicas son: (1) presión demográfica que resulta de las diferencias en las tasas de crecimiento de las sociedades ricas y pobres, así como del crecimiento des-

bordado de las megaciudades en los países pobres; (2) presión energética, que resulta de la creciente escasez de combustibles fósiles convencionales y la necesidad de recurrir a fuentes energéticas cada vez menos eficientes; (3) presión ambiental, resultante del daño acumulado y creciente a los recursos naturales del planeta; (4) presión climática, resultante de los cambios en la composición de la atmósfera; y (5) presión económica, que resulta de las inestabilidades en el sistema económico global y en la creciente brecha de ingresos entre ricos y pobres en todas las sociedades. Estas fuerzas tectónicas pueden ser causantes de graves efectos cada una por separada, pero a principios del siglo XXI vivimos bajo una creciente amenaza de la muy plausible posibilidad de que ocurran eventos de sincronismo entre ellas, es decir, una confluencia de crisis en más de una de estas dimensiones, lo cual podría poner a prueba nuestras capacidades de adaptación y respuesta y, eventualmente, podría resultar en un colapso de proporciones difíciles de imaginar.

Según Homer-Dixon, existen dos factores adicionales que darían un impulso adicional a cualquier evento crítico que se pudiese generar como consecuencia de estas fuerzas tectónicas. Él llama “multiplicadores” a esos factores, pues al combinarse con las fuerzas tectónicas hacen que un colapso sea más

probable, de mayor alcance y más severo. El primer multiplicador es la creciente velocidad y conectividad global de nuestras actividades, tecnologías y sociedades. El segundo es el creciente poder que pequeños grupos han venido adquiriendo para destruir cosas y gente.

Los trabajos de Diamond y Homer-Dixon no son el producto de dos individuos aislados y escondidos en torres de marfil académicas distantes de la realidad. Nuestro primer instinto puede ser desacreditar su trabajo o simplemente negarlo y concentrar nuestra atención en temas más locales o inmediatos que nos parezcan más manejables. Pero estaríamos cometiendo un gravísimo error. Como lo evidencian las muy extensas referencias bibliográficas a lo largo de cada uno de los trabajos (Homer-Dixon nada más incluye 819 citas a trabajos diversos de otros autores o instituciones), estos hombres de ciencia están construyendo sobre los esfuerzos y aportes de cientos de otros investigadores en todo el planeta que recopilan y documentan miles de evidencias concretas de la dirección en la que estamos avanzando los seres humanos.

El modelo de desarrollo predominante en el planeta nos ofrece la esperanza de avanzar, a través de nuestro esfuerzo individual y colectivo, en una espiral ascendiente de bienestar material en la que unos jalen y otros empujan y poco a poco,



a pesar de las diferencias que puedan haber aquí y allá, todos vamos estando cada vez mejor. Eventualmente, nos dice la sabiduría convencional, todos podremos llegar a ser ricos, o al menos gozar de un bienestar material suficiente para que cada quien pueda atender sus aspiraciones más personales.

Sin embargo, cada día es más evidente que la dotación material del planeta no será suficiente para que una población humana de más de seis mil millones de personas puedan habitar en esta Tierra manteniendo los niveles de consumo y estilo de vida que disfrutaban hoy las clases medias del mundo desarrollado, que hoy por hoy representan cuando mucho, un 20% de la población total. Este planteamiento es, cuando menos, sumamente problemático para todos aquellos que nos dedicamos a luchar contra la pobreza, la desigualdad social, el sufrimiento humano y el subdesarrollo de nuestras sociedades. ¿Hacia dónde apuntan nuestros esfuerzos? ¿Estamos acaso equivocando la orientación de nuestras propuestas y proyectos de desarrollo? ¿Somos capaces de rectificar y cambiar de rumbo si ello fuese necesario? ¿Nos daríamos cuenta a tiempo?

Son muchas las interrogantes que surgen del creciente volumen de evidencias que señalan la posibilidad concreta de un fracaso colectivo de escala global. Lamentablemente, aún son

muy pocas y limitadas las respuestas que podemos ofrecer.

Ante esta situación, no faltan las posturas simplistas y maniqueas que plantean estrategias radicales “antisistémicas” y buscan establecer una conexión más bien emocional con las masas de descontentos, a veces con motivaciones nobles e idealistas, a veces con objetivos más oscuros de manipulación y búsqueda del poder con visiones sumamente miopes de la realidad. No podemos caer en estas tentaciones, que no ofrecen salidas reales para nuestro predicamento.

Es urgente hoy en día y para el mundo entero emprender un camino nuevo de exploración y revisión fundamental de los pilares de nuestra civilización. Necesitamos para ello convocar el esfuerzo de todos y manejar los inevitables conflictos y diferencias de opinión de manera constructiva, reconociendo que ninguno tiene toda la verdad en su mano y que todos tienen algo que aportar. Necesitamos tener la valentía para atrevernos a cuestionar nuestras creencias más queridas, así como la prudencia necesaria para no desechar las lecciones aprendidas con tanto esfuerzo y sufrimiento a lo largo de los años de evolución social y política. Necesitamos abrir un diálogo amplio al interior de nuestras sociedades, e incluso en nuestros hogares, sobre los valores que guían nuestros actos y sobre los conflictos y frustraciones que

Son muchas las interrogantes que surgen del creciente volumen de evidencias que señalan la posibilidad concreta de un fracaso colectivo de escala global.

enfrentamos día a día cuando salimos al mundo a tratar de mejorar nuestra situación.

Es urgente hoy en día generar espacios que permitan innovar y crear nuevos paradigmas sobre los cuales reordenar las instituciones que rigen nuestras sociedades. Este artículo es un primer paso y una invitación en esa dirección. En entregas siguientes continuaremos explorando las implicaciones de estos planteamientos y ensayando algunas sugerencias de posibles acciones tanto a nivel familiar e individual como a nivel social y global.

*Economista